

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

***GABINETE DE INVESTIGACIÓN "COLEGIO DE ESCRIBANOS" DE LA
FUNDACIÓN CAMPOMAR***

El edificio de la Fundación Campomar, donde funciona el Instituto de Investigaciones Bioquímicas, fue construido íntegramente con donativos obtenidos principalmente por la acción del jefe de relaciones públicas de la

REVISTA DEL NOTARIADO

Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Fundación, don Arturo Prins. El Colegio de Escribanos, durante la presidencia de don Jorge A. Bollini (1977 - 1979), contribuyó con una donación en dinero equivalente al costo de un gabinete de investigación.

Este edificio es un modelo en su género y constituye un motivo de orgullo. Está ubicado en la avenida Patricias Argentinas 435, frente al Parque del Centenario de nuestra ciudad. Su inauguración tuvo lugar el 10 de diciembre de 1985. El Gabinete "Colegio de Escribanos" se encuentra en el segundo piso, formando parte del Laboratorio 202. Su destino es el estudio de ciencia básica - poliamina y sus transformaciones - y el grupo de investigación que allí trabaja lo hace bajo la dirección de la doctora Sara Goldemberg.

Antes de la finalización del mandato presidencial del escribano Jorge A. Bollini (1985 - 1987), el Premio Nobel doctor Luis Federico Leloir, quien está al frente del Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar, invitó a recorrer las instalaciones al presidente Bollini y a los escribanos Augusto T. A. Rossi (h.), tesorero del Colegio; Abel D. Di Próspero, director de Revista del Notariado, y Adolfo C. A. Scarano, past - presidente del Rotary Club del Parque del Centenario, entidad que tiene momentáneamente su sede en el edificio visitado.

Al inaugurarse el 10 de diciembre de 1985 el edificio, sólo hicieron uso de la palabra dos oradores, el escribano Abel D. Di Próspero - en ese entonces recién designado director de la Revista - en representación de los donantes, y el doctor Luis Federico Leloir, como máximo responsable de la Fundación Campomar, que alcanzaba con ese logro una de sus más caras aspiraciones.

Como evocación de aquel momento, reproducimos a continuación las palabras pronunciadas en dicho acto.

PALABRAS DEL ESCRIBANO ABEL D. DI PRÓSPERO

Queda sobreentendido, y es justicia, que lo que importa decir, o recordar, por lo que se refiere al Instituto de Investigaciones Bioquímicas, quedará cumplidamente expresado en las palabras del profesor don Luis Federico Leloir. En cambio, puede parecer pertinente que la persona que le precede en el uso de la palabra deba justificar el porqué de esta breve cuanto honrosa intervención en la fiesta de esta tarde.

Decimos bien: la fiesta. Tal intervención puede empezar a justificarse por ser notorio que en lo que atañe a la investigación científica la persona que habla es extraña a ella. ¿Por qué, entonces, intervenir cual se advierte? Precisamente por esto. Por haberseme solicitado ser la voz del núcleo que desde hace varios años acompañan esta gesta desde afuera pero con enorme entusiasmo no sólo por motivos particulares, sino objetivos y generales; por ello venimos a dar testimonio, esta tarde, de la múltiple e indivisa alegría que nos embarga; alegría porteña y argentina.

De hoy en más, Buenos Aires, y por tanto el país, nuestra entera querida República, ve corporizado, en hermosa y funcional arquitectura, lo que espiritualmente posee desde hace años dentro del orden científico propio y en el que constituye un Instituto de primerísima jerarquía.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Incuestionablemente el primero.

Conciliando lo útil con lo agradable, según recomendaba el clásico de Roma, esto es, el saber con la belleza, el conjunto arquitectónico se asienta con aplomo en el risueño marco forestal del Parque del Centenario, nombre tan caro y de por sí sonante, a nuestros sentimientos de entidad nacional generosamente abierta a los beneficios de la libertad. Aunque quien ahora habla, en señalada medida en nombre de unos y de otros, no puede apreciar técnicamente las instalaciones puestas al servicio de este complejo, puede en cambio, digamos mejor podemos y ello porque nos consta, reparar en la adecuada distribución de las instalaciones y la de los servicios interdependientes. En el transcurrir de los días y de los años el profesor Leloir y sus colaboradores podrán llevar adelante, "con igual esfuerzo, pero con menos innecesaria mortificación, sus rigurosos estudios, los que así, si cabe, ganarán un más dilatado alcance.

Esto significa - oficioso es destacarlo - que al par de este libre y capacitado equipo de investigadores, todo el variado conjunto de la ciudadanía habrá de beneficiarse, en forma de una mayor unidad armónica, bien regida y superiormente estimable.

Descontamos que el doctor Leloir en el espacio que le permitan los minutos, no dejará de mencionar las alternativas por las cuales desde su comienzo en 1947 han proseguido las tareas del Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar: cuáles los comienzos, cuáles las dificultades, cuáles los pogramos rara vez interrumpidos gracias al invariable tesón de estos investigadores, y cuál, asimismo, al poco andar, el espléndido empuje que al cabo de los altibajos y las necesarias mudanzas hizo posible llegar a los óptimos resultados presentes.

Podemos descontar asimismo que el ilustre director de esta casa mencionará, según ellas se han dado en el transcurso del tiempo, las contribuciones, grandes o pequeñas, todas bien venidas, todas eficaces: las de los particulares en la primera hora y las de instituciones oficiales, las de diversas empresas y entidades bancarias, las tan generosas y muy agraciadas, cumplidas también por otros particulares sin distinción en los recursos y sin diferencias de clases en cuanto a la condición social o económica, de los donantes.

Por natural y no ingrata asociación de ideas, junto con otros, recordamos un episodio que para quienes participamos en él, en medio de la mencionada alegría de esta fiesta, termina por asumir un emotivo valor augural y simbólico. Nos referimos - seguramente en la sala hay testigos de ello - a lo que según los simpáticos usos antiguos, felizmente todavía actuales, a nuestra vez volvemos a llamar "la ceremonia de la entrega del primer ladrillo". A comienzos de octubre de 1977 y a media mañana varios representantes de colegios profesionales universitarios fuimos citados por el infatigable Arturo Prins al edificio de la calle Obligado. Conversamos sobre investigación, ciencia y técnica. En dicha ocasión, efectivamente hablando, varios de entre nosotros pudimos hacerle entrega al doctor Leloir de un ladrillo con el añadido de un plus monetario reunido según la extrema posibilidad de los espontáneos contribuyentes, los cuales además

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

terminamos por compartir, no sin cordial menoscabo para el apetito de algunos comensales, parte de la merienda de los señores investigadores. Sin quererlo, ese ágape tuvo algo de lo que ahora se llama "almuerzo de trabajo". Con el ulterior e inquebrantable esfuerzo de todos, los ladrillos fueron creciendo hasta constituir este sólido y ya habilitado edificio.

Otro momento, gozoso para todos, de una alegría, que todavía se prolonga, fue sin duda la firma de la escritura y la toma de posesión del terreno recibido por donación. Casi en forma de rito, dicha escritura se suscribió, literalmente hablando, por hombres de fe y que dan fe, sobre este mismo terreno. Se sobreentiende que para pasar, también esta vez, de lo útil a lo agradable, la ceremonia jurídica se completó - pausa criolla sabrosa - con un asado del cual participaron muchos de los aquí presentes y en el cual el doctor Leloir pudo estrenar un facón que le obsequiaron los escribanos.

Mencionaremos otro motivo de alegría. ¿Por qué no anticiparnos, siquiera un poco, y ensayar una especie de balance? En sus treinta, y ocho años el Instituto de Investigaciones Bioquímicas de la Fundación Campomar tiene un pasado, disfruta de un presente y vive, ya, la certidumbre de un seguro porvenir. Las obras rectas y plenamente realizadas nacen con garantía de futuro. En nuestro caso esto puede decirse no sólo por lo hecho y por lo que se está realizando, y sí, también, por lo que ciertamente este Instituto de Investigaciones Bioquímicas acertará a realizar en lo venidero. La explicación es fácil. Ello se debe a que el Instituto está integrado por investigadores, a que en él se investiga, pero igualmente a que con parecida orientación ejemplar, junto a investigadores formados, y de primera categoría, se forman, asimismo, los investigadores que habrán de prolongar la ardua, fructuosa y encomiable tarea en el aludido futuro. Que no se nos olvide en qué medida la ciencia contribuye no sólo al bienestar de los individuos sino también al buen nombre del país y a su prestigiosa presencia en el mundo culto. Agradecemos, pues, a quien corresponda lo que sugerimos: en esta casa, con los recaudos y las exigencias debidas, alternando la investigación, y articulándola en ella, se formen nuevos, numerosos y avezados investigadores.

El doctor Houssay lo supo y el doctor Leloir lo sabe. El propio Pasteur no dejó de destacar la enorme importancia que para todas las naciones significa el que para encender vocaciones no falten en ellas, con presencia inmediata, los que el insigne sabio francés en frase muy feliz designó con esta expresión: "Iluminadores de almas".

Profesor Leloir y distinguidos investigadores, con el mismo entusiasmo del principio continuaremos trabajando junto a ustedes.

PALABRAS DEL DOCTOR LUIS F. LELOIR

El 3 de noviembre de 1947 se realizó un acto para inaugurar el local del Instituto de Investigaciones Bioquímicas Fundación Campomar, en la calle Julián Alvarez 1719. Allí había tres laboratorios y una biblioteca, con poco espacio, pero como sólo éramos cinco investigadores no tuvimos problemas por algún tiempo. El lugar no era adecuado pero estaba al lado del Instituto de Biología y Medicina Experimental dónde trabajaban

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

Bernardo Houssay y sus colaboradores. La vieja casa nos obligaba a subir algunos sábados a la azotea para remendar el techo; hasta tuvimos que construir una especie de acueducto para proteger los libros de las goteras. Allí trabajábamos Ranwell Caputto, Carlos Cardini Alejandro Paladini, Raúl Trucco y yo, todos más jóvenes y entusiastas que ahora. Después se sumaron otros investigadores y así empezamos a concebir planes de expansión. Hubo muchos.

Jaime Campomar, el creador del Instituto, nos propuso adquirir un terreno mas amplio en la avenida General Paz, cerca de la Philips. No sé por qué falló la compra, pero algunos opinaban que el lugar estaba demasiado lejos. Otro proyecto, que incluso tuvo planos de arquitectura pero nunca se concretó por falta de fondos, fue el de construir el laboratorio sobre los jardines del Instituto de Houssay, en la esquina de Julián Alvarez y Costa Rica. Después, don Jaime compró un terreno vecino a la fábrica Campomar en Belgrano y nos propuso edificarlo; se disgustó un poco cuando le dijimos que era un sitio muy aislado y con poca posibilidad de expansión. Luego casi conseguimos un terreno en el campus de la Facultad de Agronomía y Veterinaria; los trámites estaban muy avanzados cuando falleció don Jaime Campomar quien iba a costear la construcción.

Hasta 1957 no habíamos podido salir de la vieja casa de Julián Alvarez, que ya nos quedaba muy chica. Pero ese mismo año, Eduardo Braun Menéndez y yo, fuimos designados miembros de la Academia Nacional de Ciencias Exactas. En el acto de incorporación, los discursos de Houssay y nuestros fueron coincidentes en señalar el poco apoyo a la investigación. El entonces ministro de Asistencia Social y Salud Pública de la Nación doctor Francisco Martínez, que asistía al acto, se compadeció de nosotros y nos ofreció algunos edificios disponibles. Visité uno de ellos, en la esquina de Obligado y Monroe, que había sido una escuela y estaba ocupado - o mejor dicho, casi totalmente desocupado- un instituto para el estudio del origen del cáncer. A mí me parecía demasiado grande con relación a los recursos que teníamos para su equipamiento y mantenimiento. Pero Eduardo Braun Menéndez, hombre entusiasta y de empuje, nos convenció de que debíamos aceptarlo. Allí se mudó nuestro Instituto y, poco después, el de Bernardo Houssay.

El Instituto siguió creciendo y otra vez el local quedó pequeño e inadecuado. En 1970 a raíz del premio Nobel, las autoridades nos ofrecieron un terreno cerca el Hospital Alvear. Se realizó un concurso de proyectos y se eligió el mejor, pero hubo un cambio de gobierno y todo quedó en la nada. Luego se hicieron intentos para conseguir una fracción en el campus de la Ciudad Universitaria de Núñez, pero también fallaron. La colaboración de Arturo Prins fue, sin duda, un factor determinante del éxito de las gestiones posteriores. Prins logró interesar al ingeniero Raúl Ondarts, que era presidente de YPF, y a varias personas, instituciones y empresas para construir un nuevo laboratorio.

Uno de los mayores éxitos fue la donación por la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, de un terreno en Parque Centenario. El entonces intendente Osvaldo Cacciatore, no sólo agilizó los trámites de la donación

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

sino que también nos gestionó un importante subsidio. Además fue uno de los miembros más activos de la Comisión Laboratorio Parque Centenario, que tuvo a su cargo la obra. Desde agosto de 1980, la Comisión ha realizado cincuenta y seis reuniones mensuales que culminan con la inauguración de este laboratorio. La Comisión, que se reunirá por última vez la semana próxima, se formó con las primeras empresas e instituciones donantes: el Banco de la Ciudad de Buenos Aires, la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, Loma Negra Sociedad Anónima, Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, Yacimientos Petrolíferos Fiscales y la Fundación Campomar como beneficiaria.

Quiero destacar la valiosa participación de los miembros más activos de la Comisión: Amalia Lacroze de Fortabat, Juan Thibaud y José Meza Figari, de Loma Negra Sociedad Anónima; Alejandro Aliaga García, Jorge Messuti, Guillermo Moreno Hueyo y Arturo García, del Banco de la Ciudad de Buenos Aires; Héctor Enrique Walter (activo presidente de la Subcomisión de Evaluación), José María Candiotti, Carlos Fonte y Mateo Bay, de la Caja Nacional de Ahorro y Seguro; Carlos María Benaglia, Mario Luis Piñeiro y Agustín Núñez, de Yacimientos Petrolíferos Fiscales. También quiero señalar la tarea que realizaron en esta Comisión los asesores técnicos, ingeniero Fernando Jorge Prota y arquitecto Enrique Rodríguez, el coordinador de la obra, ingeniero Gilberto Cáceres; el sobrestante contable, señor Jorge Daniele, y el incansable secretario de actas de la Comisión, doctor Julio Varela.

Deseo recordar aquí, muy especialmente, a Raúl Ondarts. El, junto a Aliaga García, dio gran impulso al proyecto en su comienzo, interesando a importantes empresas en su participación. Su inesperada muerte fue muy sentida, debido a su personalidad y a la sensibilidad que demostró hacia la investigación científica. Como testimonio a su labor, nuestro Instituto resolvió designar con su nombre uno de los dos pisos de laboratorios de este edificio.

Quiero destacar, también, a la Fundación Fortabat, por su constante colaboración y su activa participación en la Comisión. Al Estudio Arquitecto Mario Roberto Alvarez y Asociados, por la donación del proyecto y dirección de obra. Al Estudio Pistrelli, Díaz y Asociados, por su eficiente y desinteresada asistencia profesional en la auditoría y contabilidad de todas las donaciones. Y a la empresa constructora Gesiemes, por la responsabilidad que demostró en el trabajo realizado.

Pero los grandes protagonistas de esta obra fueron las casi cuatrocientas personas, instituciones y empresas que, con diversas donaciones, hicieron posible la feliz terminación del laboratorio. Como reconocimiento a tanta generosidad, nuestro Instituto les ha entregado en estos años diplomas y retortas que expresan nuestro agradecimiento y, en otros casos, les ha dado en patrocinio, con sus nombres, diversos espacios del laboratorio.

Debo agradecer también, la ayuda que prestó la banca oficial. Los bancos de la Nación Argentina, Nacional de Desarrollo, Provincia de Buenos Aires, Ciudad de Buenos Aires y la Caja Nacional de Ahorro y Seguro, concurrieron con un crédito especial que ayudó a la financiación del

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

proyecto, cuando las donaciones no llegaron a tiempo o no eran suficientes. Por suerte, la mayor parte de la obra fue financiada por donaciones.

Entre todos los donantes, conmueve observar a muchos particulares que vinieron a nuestra Fundación para realizar pequeños aportes personales. Estas donaciones, de tanto o mayor mérito que las grandes, fueron realizadas por gentes de toda condición: hombres de trabajo, amas de casa, estudiantes y otros que entregaban su contribución a veces sin dejar siquiera sus nombres.

Frente a tan elocuente muestra de solidaridad, el acto de entrega de retortas y diplomas adquiere hoy una significación especial. Los investigadores de este Instituto queremos decirles a todos que, ahora, nos sentimos más comprometidos a seguir trabajando al servicio de la investigación científica y del país, como la mejor manera de reconocer el esfuerzo realizado por ustedes.

Les estamos profundamente agradecidos por lo que han hecho para realizar esta obra. El nuevo laboratorio ha resultado magnífico. Está, además, bien situado y es amplio y vecino de otras instituciones relacionadas con la ciencia. Un detalle anecdótico al respecto: el nombre de la calle Antonio Machado, una de las que linda con el laboratorio, tiene relación con las ciencias médicas y no con las letras. Hace poco descubrimos que este Antonio Machado, no era ni español ni tan destacado poeta como muchos creen. Era brasileño y fue quien trajo la vacuna antivariólica a Buenos Aires. Pero da la casualidad que ambos personajes tenían el mismo nombre.

El nuevo edificio permitirá que las tareas del Instituto se realicen con más eficiencia. Podrá entrenarse un mayor número de becarios y venir más visitantes del exterior a los que podremos incluso alojar en un departamento especial que tenemos en el 4° piso. Asimismo, las tareas docentes se verán facilitadas por este nuevo Centro de Docencia y Salón de Conferencias, con más espacio y comodidades para la realización de cursos y seminarios. No debe olvidarse que nuestro Instituto tiene una estrecha asociación con la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires, con la que realiza varios cursos de posgrado. Deseamos que la actividad docente con la Universidad se intensifique en este nuevo local.

Con el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, nuestro Instituto tiene también una antigua relación, ya que el CONICET provee los cargos de investigador científico a muchos de los que aquí trabajan.

Debo señalar que, si bien hemos dado un paso importante con la construcción del nuevo laboratorio, queda aún mucho por hacer para intensificar la investigación y para formar más y mejores investigadores. Los aportes de empresas y particulares junto a una contribución anual que recibimos del Poder Ejecutivo a través del Ministerio de Economía de la Nación, y la colaboración de la Universidad y el CONICET, han permitido en estos años mantener en pie al Instituto. En tal sentido debo recordar, también, a Carlos Campomar - hermano de don Jaime - y a la señora, Marta Magnin de Orcoyen, por las contribuciones que decidieron para el Instituto antes de fallecer.

REVISTA DEL NOTARIADO
Colegio de Escribanos de la Capital Federal

El mundo está pasando por un período en que la investigación científica y el desarrollo técnico pesan cada vez más en la prosperidad de las naciones. Esperamos que el país acompañe en el futuro todas las iniciativas de adelanto científico - técnico, así como lo han hecho muchos de ustedes, que han ayudado a consolidar una nueva etapa de nuestro Instituto que ya lleva treinta y ocho años de existencia.
Una vez más, muchas gracias.

FALLECIMIENTO DEL CONSEJERO LUIS ALBERTO PICASSO

Como consecuencia de una repentina dolencia, dejó de existir en esta capital el 10 de setiembre el consejero Luis Alberto Picasso.

El escribano Picasso había nacido el 7 de noviembre de 1940, y obtuvo su título en 1968 en la Universidad de Buenos Aires.

Desde 1969 estuvo adscripto al registro N° 450, cuya titularidad pasó a ejercer por renuncia de su regente el escribano Romualdo Picasso, su padre.

Durante ese lapso -que fueron doce años de labor compartida, de aprendizaje, de experiencias- se desempeñó en la profesión con el ejemplo aleccionador de don Romualdo, y también del de su tío, don Horacio Picasso.

En su paso reciente por comisiones asesoras y en su breve actuación como consejero, habíase revelado como una personalidad dinámica, plétorico de proyectos, lo que acabó de configurar y definir en él un singular perfil de dirigente, de dirigente auténtico, abierto siempre a cuantas iniciativas podían aportarse para un mejor desenvolvimiento de la función notarial.

Su fallecimiento se produce cuando se encontraba en lúcida actividad, en la plenitud de su vigor intelectual, lo que torna aún más sensible su prematura desaparición.

El Colegio de Escribanos y particularmente sus pares del Consejo Directivo lamentan la pérdida irreparable de quien, como el escribano Picasso, supo granjearse el hondo afecto de los colegas que lo conocieron, afecto arraigado en su hombría de bien, su capacidad de trabajo y su vocación de servicio que supo manifestar en diversas entidades de bien público.

Estos sentimientos tuvieron oportunidad de exteriorizarse en el acto del sepelio, realizado en el cementerio de la Chacarita. Allí, para despedir sus restos habló el consejero Carlos M. D'Alessio, quien expresó:

PALABRAS DEL ESCRIBANO CARLOS M. D' ALESSIO

Los escribanos de la Capital Federal venimos hoy a despedir de la vida terrena a uno de nuestros dirigentes, pero sobre todo a un amigo y a un colega cabal.

Luis Alberto Picasso ennoblecó nuestra profesión desde su primera juventud, sin perjuicio de que desde su niñez la haya vivido a través de su padre, nuestro prestigioso colega don Romualdo Picasso, con quien compartió los primeros años de vida profesional.

En la silenciosa labor diaria en su escribanía fue de los escribanos que